

V

París en otro tiempo era de los parisienses y este otro tiempo no está muy lejos de nosotros; hace apenas treinta ó cuarenta años. Los franceses en aquella época eran los dueños de París, como los ingleses son los dueños de Londres, los españoles de Madrid, y los rusos de San Petersburgo. Estos tiempos ya no existen.

Hay todavía fronteras para los otros países, y para la Francia no las hay. París ha llegado á ser una inmensa torre de Babel, una ciudad internacional y universal. Los extranjeros no vienen ya solamente á visitar á París, vienen á vivir en él.

Tenemos en estos momentos en París, una colonia rusa, una colonia española, una colonia de Levante, una colonia americana; estas colonias tienen sus iglesias, sus banqueros, sus médicos, sus periódicos, sus pastores, sus popes y sus deudistas. Los extranjeros se han apoderado ya de la mayor parte de los Campos-Eliseos y del Boulevard Malesherbes; avanzan y se extienden; nosotros nos retiramos arrollados por la invasión y nos vemos obligados á expatriarnos. Vamos á

fundar colonias parisienses en los llanos de Passy, en los llanos de Monceau, y en los barrios que en tiempos pasados no eran nunca de París y que no lo son hoy todavía por completo.

Entre estas colonias extranjeras la más numerosa, la más rica y la más brillante es la colonia americana. Hay un momento en que un americano se siente bastante rico; un francés nunca. El americano entonces se para, respira un poco y administrando el capital no cuenta con las rentas, y sabe gastar; el francés no sabe más que ahorrar.

El francés no tiene más que un solo lujo verdadero: sus revoluciones. Prudente y sabiamente, se reserva para ellas, sabiendo muy bien que han de costar muy caras á la Francia, pero que al mismo tiempo serán la ocasión de colocaciones ventajosas. El presupuesto de nuestro país no es más que un largo empréstito perpetuamente abierto. El francés se dice:

— ¡Atecoremos! ¡Atecoremos! ¡Atecoremos!
Una de estas mañanas, habrá cualquier revolución que hará bajar el cinco por ciento á cincuenta ó sesenta francos. Yo lo compraré y puesto que las revoluciones son inevitables, tratemos, por lo menos de sacar partido.

Se habla sin cesar de personas arruinadas por las revoluciones, y es mucho mayor quizás el número de las personas enriquecidas por ellas.

Los americanos experimentan de una manera muy fuerte la atracción de París. No hay ciudad en el mundo en donde sea más agradable y más

fácil gastar mucho dinero. Por razones de raza y origen, esta atracción se ejercía sobre madama Scott y sobre miss Percival de una manera muy particular.

La más francesa de nuestras colonias es el Canadá que ya no es nuestro. El recuerdo de la primera patria ha persistido muy poderoso y muy agradable al corazón de los emigrados de Quebec y Montreal. Suzie Percival había recibido de su madre una educación enteramente francesa, y había educado á su hermana con el mismo amor á nuestro país. Las dos hermanas se creían francesas, más aún, parisienses.

Tan pronto como esta avalancha de millones cayó sobre ellas, un idéntico deseo vino á su imaginación: vivir en París. Pidieron la Francia, como hubieran pedido su patria. Mr. Scott hizo alguna resistencia.

—Cuando yo no esté aquí, dijo él. Cuando yo venga solamente todos los años á pasar dos ó tres meses en América para vigilar vuestros intereses, vuestras rentas disminuirán.

—¡Qué importa! respondió Suzie, somos ricas, muy ricas, demasiado ricas... Vámonos, yo te lo ruego... ¡Estando tan contentas! ¡tan felices!

Mr. Scott se dejó convencer; y Suzie, en los primeros días de Enero de 1880 pudo escribir la carta siguiente á su amiga Katie Norton, que ya hacía algunos años que habitaba en París.

—«¡Victoria! ¡está decidido! Ricardo ha con-

sentido. Llegaré en el mes de Abril y volveré á ser francesa. Tú me has ofrecido encargarte de todos los preparativos de nuestra instalación en París. Soy horriblemente indiscreta... Acepto.

»Quiero en cuanto ponga los pies en París, poder disfrutar de París, no perder mi primer mes en encargos á los tapiceros, á los talleres de coches, ni á los tratantes de caballos. Quiero al bajar del tren, encontrar en el patio de la estación, *mi* coche, *mi* cochero y *mis* caballos. Quiero tenerte este día á comer *conmigo*. Alquilame ó cómprame un hotel, ajústame criados, escójeme coches, caballos, y libreas. Me entrego por completo á ti. Que sean las libreas azules, eso me basta. Estas líneas están añadidas por petición de Bettina que detrás de mí está mirando lo que te escribo.

»No llevaremos á Francia con nosotros más que siete personas: Ricardo, su ayuda de cámara; Bettina y yo, nuestras doncellas; las dos ayas de los niños; y dos *boys* Tobi y Bobby, que nos siguen detrás cuando salimos á caballo. Montan con rara perfección... Dos verdaderos amorcillos; de la misma talla, el mismo aire, y la misma cara; no encontraríamos nunca en París lacayitos más parecidos.

»Todo lo demás, cosas y personas, nos lo dejamos en Nueva York... No, no es esto todo; me olvidaba de las cuatro jacas, que son cuatro dijes, negras como la mora, con calzas blancas las cuatro, y en las cuatro patitas: no tendremos valor

para separarnos de ellas. Las enganchamos en un duque, que es encantador. Bettina y yo guiamos muy bien cuatro caballos. ¿No es verdad que mujeres como nosotras pueden, sin ser escandalosas, guiar cuatro jacas en el Bosque, por la mañana temprano? Aquí se puede.

»Sobre todo, mi querida Katie, no contar con el dinero... Haz locuras, haz locuras. Esto es todo lo que yo te pido.»

El mismo día en que Mad. Norton recibía esta carta, cundió la noticia de que un cierto Garneville, especulador en grande escala, quebró por mal olfato: *olió la baja* cuando se necesitaba *oler el alza*. Este Garneville, seis semanas antes, se había instalado en un hotel recién edificado, y que no tenía otro defecto sino estar hecho con demasiada magnificencia.

Mad. Norton firmó un contrato de alquiler—cien mil francos al año—con facultad de comprar el hotel y el mobiliario por dos millones dentro del primer año del contrato. Un tapicero de gran estilo se encargó de corregir y suavizar el lujo desmesurado de unos muebles chillones y escandalosos.

Hecho esto, la amiga de Mad. Scott tuvo la suerte de poner su mano sobre dos eminentes artistas, sin los cuales una casa de importancia no puede fundarse ni sabría funcionar.

En primer lugar, un jefe de cocina de primer orden, que acababa de abandonar un antiguo palacio del barrio de Saint-Germain, con gran pesar

suyo, porque tenía muy arraigados sus sentimientos aristocráticos. Iba con poca gana á servir á personas de la clase media y extranjeros.

—Nunca, dijo él, hubiera dejado yo el servicio de la señora baronesa, si ella hubiera seguido sosteniendo su tren en el mismo pie... pero la señora baronesa tiene cuatro hijos... dos varones, que han hecho muchas tonterías... y dos muchachas que estarán bien pronto en edad de casarse. Será, pues, preciso dotarlas. En fin, la señora baronesa se ha visto obligada á disminuir un poco los gastos, y la casa ya no resulta tan importante para mí.

Este práctico y distinguido culinario puso las condiciones. Aunque fueron excesivas no asustaron á Mad. Norton, porque sabía que había tropezado con un hombre del mayor mérito; pero él, antes de decidirse, pidió permiso para telegrafiar á Nueva York. Tenía necesidad de tomar sus informes. La respuesta fué favorable, y aceptó.

El segundo, gran artista también, era un picador de rara y alta capacidad, que acababa de retirarse después de haber hecho su fortuna.

Consintió, á pesar de esto, en organizar las caballerizas de Mad. Scott. Se respetaron las condiciones que puso, de tener en primer lugar toda la libertad más absoluta para la compra de caballos, de no llevar librea, de escoger los cocheros, los lacayos y los palafreneros; de no tener menos de quince caballos en las cuadras; de no

hacer ningún trato con el constructor de carruajes ni con el guarnicionero sin su intervención, y de no subir al pescante más que por la mañana, en *traje de caballero*, para dar lecciones de guiar, cuando fuese necesario, á las señoras y á los niños.

El jefe de cocina tomó posesión de sus hornillos y el picador de sus cuadras. Todo lo demás no era más que cuestión de dinero, y Mad. Norton en este punto usó con largueza de sus plenos poderes. No hizo más que conformarse con las instrucciones que había recibido. Hizo en el corto espacio de dos meses verdaderos prodigios para que la instalación de los Scott fuera tan completa y tan irreprochable como pudiera desear.

Y así fué como el 15 de Abril de 1880, cuando Mr. Scott, Suzie y Bettina bajaron del *rápido* del Havre, á las cuatro y media de la tarde, en el muelle de la estación de Saint-Lazare, se encontraron con Mad. Norton, que les dijo:

—La carretela de ustedes está en el patio. Hay además un landó para los niños y detrás un ómnibus para los criados. Viven ustedes en la calle de Murillo núm. 24, y aquí está la lista de la comida que tienen preparada para esta noche. Ustedes me han invitado hace dos meses; acepto, pues, y me tomo la libertad de llevarles una quincena de personas. Yo proporciono todo hasta los convidados. No se apure usted, porque á todos los conoce; son personas de nuestra común amistad... y des-

de esta tarde podremos juzgar de los méritos de su cocinero.

Mad. Norton entregó á Mad. Scott una preciosa tarjeta con un filete de oro al rededor, que tenia escritas estas palabras: *Lista de la comida del 15 de Abril 1880. Y debajo: Sopa á la parisién, truchas asalmonadas á la rusa, etc.*

El primer parisién que tuvo el honor y el placer de rendir homenaje á la belleza de Mad. Scott y miss Bettina fué un marmitóncillo de unos quince años de edad, vestido de blanco, con su almidonada gorra en la cabeza, que se hallaba en el patio de la estación en el momento en que el cochero de Mad. Scott, molestando por el número de coches, salía de allí despacio y con dificultad. El pinchecillo se detuvo inpertérrito en la acera, abrió sus hermosos ojos y les lanzó á plena cara esta sencilla palabra:

—¡Caramba!

Cuando Mad. de Recamiere vió que se le aproximaban ya las arrugas y los cabellos blancos, dijo á una de sus amigas:

—¡Ay! querida mía, no hay que hacerse ilusiones. Después del día que yo he observado que los limpia-chimeneas no volvían ya su cara para mirarme, comprendí que todo había concluído para mí.

La opinión de los pinchécillos vale, en semejante caso, lo mismo que la de los limpia-chimeneas... Por consiguiente, nada había terminado

todavía para Suzie y Bettina; antes al contrario, todo empezaba ahora.

Cinco minutos después la carretela de madama Scott subía por el boulevard Haussmann al trote lento y cadencioso de dos admirables caballos de tiro. París contaba con dos parisienses más.

El éxito obtenido por Mad. Scott y miss Percival, fué inmediato, decisivo y fulminante. Las bellezas de París no están clasificadas ni coleccionadas como las *beautés* de Londres. No se publican sus retratos en los diarios ilustrados, ni se venden sus fotografías en las tiendas de papel... pero sin embargo, existe siempre un estado mayor de una veintena de mujeres que representan la gracia, la elegancia y la hermosura parisiense, mujeres que al cabo de diez ó doce años de servicios, pasan al cuadro de reserva, lo mismo que los generales viejos.

Suzie y Bettina formaron al instante parte de este pequeño estado mayor. Fué cuestión de veinticuatro horas, y casi ni aún tanto, porque todo esto pasó entre las ocho de la mañana y las doce de la noche del mismo día siguiente de su llegada á París.

Imagínese el lector una especie de comedia de magia en tres actos, y cuyo éxito va aumentando de cuadro en cuadro:

1.º Un paseo á caballo por la mañana, á las diez, en el bosque con los dos maravillosos grooms traídos de América;

2.º Un paseo á pie, á las seis, en la calle de las Acacias;

3.º Una aparición en la Opera por la noche, á las diez, en el palco de Mad. Norton.

Las dos *nuevas* fueron inmediatamente notadas y apreciadas como merecían por las treinta ó cuarenta personas, que constituyen una especie de tribunal misterioso, que da á todo París sentencias sin apelación. Estas treinta ó cuarenta personas tienen de vez en cuando el capricho de declarar *deliciosa* á la mujer que es patentemente fea. Esto basta. A todos parecerá *deliciosa* desde esta fecha.

La hermosura de las dos jóvenes no fué ni un momento discutible. Todo el mundo admiró por la mañana su gracia, su elegancia y su distinción; todo el mundo declaró que tenían el paso firme y atrevido de dos jóvenes diosas; y por la noche, un grito unánime manifestó la ideal perfección de sus hombros. Habían ganado la partida. Todo París desde aquel día miró á las dos hermanas con los mismos ojos que el pinchecillo de la calle de Amsterdam; todo París repitió su *caramba!* pero por supuesto con las variantes y manifestaciones impuestas por los usos de sociedad.

El salón de Mad. Scott tomó inmediatamente su estilo, y los que asistían por costumbre á tres ó cuatro notables casas americanas, se trasladaron en masa á casa de los Scott, que llegaron á reunir el primer miércoles trescientas personas. El círculo de sus amigos creció rápidamente, y

se encontraba un poco de todo en sus relaciones: americanos, españoles, italianos, húngaros, rusos y aún parisienses.

Cuando ella contó su historia al cura Constantino, no le dijo todo, porque no se dice siempre todo. Sabía que era encantadora, la gustaba que lo conocieran los demás y no odiaba al que se lo decía... En una palabra, era coqueta. ¿Cómo no, siendo parisiense? Mr. Scott tenía una gran confianza en su mujer y la dejaba en completa libertad. Se dejaba ver muy poco... Era un distinguido caballero á quien preocupaba un poco la idea de haberse casado con una mujer que poseía tanto dinero. Siendo aficionado á los negocios, le agradaba consagrarse por entero á la administración de las dos enormes fortunas que tenía en sus manos, aumentarlas sin cesar, y decir todos los años á su mujer y á su cuñada:

—Sois más ricas todavía este año que el pasado.

No contento de vigilar con mucha prudencia y cuidado de los intereses que había dejado en América, se lanzó en Francia á hacer grandes negocios, y tuvo el mismo feliz resultado que en Nueva York. Para ganar dinero no hay cosa mejor que no tener necesidad de él.

Hicieron la corte á Mad. Scott una cantidad enorme de personas... Se la hicieron en francés, en inglés, en italiano, y en español, porque conocía estas cuatro lenguas, y esta es una ventaja que las extranjerías tienen sobre las pobres pari-

sienses, que generalmente no conocen más que su pobre lengua materna y no pueden tener nunca el recurso de las pasiones internacionales.

Mad. Scott no cogió ningún palo para echar la gente de su casa. Tuvo al mismo tiempo diez, veinte y treinta adoradores. Ninguno pudo vanagloriarse de ser preferido; á todos les presentó la misma barricada amable, alegre y risueña... Fué una prueba clara que se divertía con el juego, y no tomaba en serio ni un instante el asunto. Jugaba por el placer, por la felicidad, y por amor al arte. Mad. Scott no tuvo nunca la menor inquietud, y tenía mucha razón para esto... Y más aún, gozaba contemplando el éxito que obtenía su mujer, y se consideraba dichoso de verla feliz. La quería mucho... un poco más que ella á él. Ella le quería bien y nada más. Existe una gran diferencia entre *bien* y *mucho* cuando estos dos adverbios se colocan después del verbo *amar*.

En cuanto á Bettina, tuvo á su alrededor una corte fantástica, una ronda infernal. ¡Tanta fortuna! ¡Tanta belleza! Miss Percival llegó á París el 15 de Abril; no habían aún pasado quince días cuando ya empezaban á llover pedidas de su mano. En el trascurso del primer año—Bettina se divertía en llevar con la mayor exactitud posible una cuentecita—hubiera podido, si quería, casarse treinta veces... ¡y qué pretendientes tan variados!

Pidió su mano un joven desterrado que, en caso de ciertos acontecimientos, podía ser llamado á

ocupar un trono, muy pequeño, cierto es, pero sin embargo era un trono.

Pidió su mano un joven duque que haría, sin duda alguna, gran papel en la corte cuando Francia — lo cual era inevitable — reconociendo sus errores, se entregara á sus legítimos dueños.

Pidió su mano un joven príncipe que ocuparía su puesto en las gradas del trono cuando la Francia — que también parecía inevitable — reanudara la rota cadena de sus tradiciones napoleónicas.

Pidió su mano un joven diputado republicano, que acababa de estrenarse hablando por primera vez en la Cámara, y á quien el porvenir reservaba las más brillantes esperanzas de puestos distinguidos, porque la república está fundada ahora en Francia en indestructibles bases.

Pidió su mano un joven español de la más alta aristocracia y le hicieron comprender que la noche del contrato tendría lugar la ceremonia en el palacio de una reina que vive no muy lejos del Arco de la Estrella... Y se encuentra, por consiguiente, sus señas en el almanaque Bottin... porque hay reinas hoy que se encuentran su domicilio en el referido almanaque, entre un notario y un droguero. Sólo los reyes de Francia no viven ya en París.

Pidió su mano el hijo de un par de Inglaterra y también un miembro de la Cámara de los señores de Viena; el hijo de un banquero de París y el hijo de un príncipe italiano... y también decentes jóvenes, que no eran nada ni nada tenían,

ni aun nombre, ni fortuna. Pero Bettina á todos les había concedido una vuelta de wals, y ellos, creyéndose irresistibles, esperaban hacer palpitar su corazoncito.

Nadie hasta ahora la había hecho sentir nada, y la respuesta que todos habían obtenido había sido la misma:

—¡ No!... ¡ No!... ¡ No!... Todavía no!... ¡ Siempre no!...

Algunos días después de esta representación de *Aida*, las dos hermanas tuvieron juntas una larga conversación sobre esta voluminosa y eterna cuestión de casamiento. Un nombre pronunció madama Scott, que provocó por parte de miss Percival la más franca y más enérgica negativa.

Suzie, riéndose, dijo á su hermana:

—Vas á verte obligada, sin embargo, Bettina, á concluir por casarte...

—Sí, por cierto... Pero sentiré mucho, Suzie, casarme sin querer al que ha de ser mi marido. Me parece que antes de decidirme á una cosa semejante me veré obligada á experimentar el peligro de morir solterona... y todavía me parece que no he llegado á ese caso!

—¡ No, todavía no!

—Esperaremos, pues, esperaremos.

—¡ Esperaremos, sí! Pero si entre todos esos enamorados que arrastras en pos de ti, hace un año, los hay bien guapos y bien buenos, no es verdaderamente muy extraordinario que ninguno de ellos...

— Ninguno, Suzie, absolutamente ninguno. ¿Por qué motivo no te he de decir la verdad? ¿Es culpa de ellos? ¿Han sido torpes? ¿Hubieran podido, buscando mejor manera, encontrar el verdadero camino de mi corazón? ¿O bien es culpa mía? ¿Ese camino sería quizás una fea vereda escarpada, llena de rocas, inaccesible, y por donde nadie pudiera pasar? ¿Sería yo una mala criatura, seca, fría y condenada á nunca amar á nadie?

—No lo creo eso...

—Ni yo tampoco... pero hasta el día, sin embargo, esta es mi historia. No, no he sentido nada que se parezca al amor... Te ríes... y adivino por qué te ríes... Tú dices: «Vean ustedes esta chica, que tiene la pretensión de saber lo que es amar.» Tienes mucha razón, no lo sé... pero me lo figuro un poco. ¿Amar es verdad, Suzie, que es preferir una cierta persona á todas las demás?

—Sí, es eso.

—¿No es verdad que es no poder pasarse sin ver á esa persona y oirla? ¿No es verdad que es no poder vivir cuando esa persona no está al lado de una, y empezar á vivir en el momento en que vuelve á presentarse?

—¡Ay! ¡ay! ese es un inmenso amor, sí.

—Pues bueno; ese es el amor que yo sueño...

—¿Y es el amor que todavía no ha llegado?

—No, seguramente... hasta ahora. Y sin embargo, existe la persona que yo prefiero á todos y á todas... ¿Sabes quién es?

—No, no lo sé... pero me lo figuro casi...

—Sí, eres tú, querida mía, quizás seas tú, pícaro hermana, que me haces ser hasta tal punto insensible y cruel. Te quiero demasiado. ¡Tienes ocupado por completo mi corazón! Lo has cogido todo entero y no queda sitio para nadie. ¡Preferir alguien á ti! ¡Amar á alguna persona más que á ti!... No podré conseguirlo nunca...

—¡Ay! vaya que sí.

—¡Ay! te digo que no... Querer de otra manera... podrá ser... pero más... nunca. Que no cuente con más el caballero que espero y que no llega.

—No tengas cuidado, Bettinita mía. Habrá sitio en tu corazón para todos los que debes amar, para tu marido, para tus hijos, y esto sin que yo me quede sin nada, yo, tu vieja hermana... El corazón es á la vez muy chiquito y muy grande.

Bettina abrazó y besó tiernamente á su hermana, y después se quedó con zalamería con la cabeza apoyada en el hombro de Suzie:

—Si á pesar de todo esto te fastidiara tenerme á tu lado, y tuvieras mucha prisa de desembarazarte de mí, ¿sabes lo que yo haría? Pondría en un sombrero los nombres de dos de los caballeros, y los sacaría á la suerte... Hay dos que en rigor no serían completamente desagradables para mí.

—¿Quiénes son esos dos?

—Busca...

—El príncipe Romanelli...

—Este es uno... ¿y el otro?...

—Mr. de Montessan...

—¡Y de los dos! Es lo mismo; sí, los dos serían aceptables, pero solamente aceptables, y esto no es bastante.

He ahí por qué Bettina, con una extremada impaciencia esperaba el día de la marcha y la instalación de Longueval... Se sentía un poco abatida de tantos placeres, de tantos triunfos y de tantas peticiones de su mano. El gran torbellino parisién, desde su llegada, la había cogido sin poderlo remediar, y no podía soltarla.

No tenían ninguna hora del día de parada ni descanso... Experimentaba el deseo de que la dejaran entregarse á sí misma, sola, durante algunos días á lo menos, consultarse y preguntarse á sus anchas en la plena tranquilidad y soledad del campo, á quién se decidiría á pertenecer...

Por esta razón, Bettina, vivaracha y alegre, subía el 14 de Junio, al mediodía, al tren que debía conducirla á Longueval. En cuanto se vió sola en una berlina, con su hermana:

—¡Ay! gritó ella, que contenta voy! Respiremos un poco. ¡Sola contigo durante diez días! porque los Norton y los Turner no vienen hasta el 25, ¿no es verdad?

—Sí, hasta el 25.

Vamos á pasar nuestra vida á caballo, en coche, en los montes y en el campo. ¡Diez días de libertad! ¡Y durante estos diez días, nada de enamorados! ¡no habrá enamorados! Y todos ellos ¿de qué lo están tanto, Dios mío? ¡De mí ó de

mi dinero? ¡Este es el misterio, el impenetrable misterio!

La máquina silbó, y el tren se movió poco á poco, una idea algo loquilla se le pasó por la imaginación, se echó el cuerpo mitad fuera de la portezuela y gritó, acompañando sus palabras con un pequeño adiós de la mano:

—¡Adiós, enamorados míos, adiós!

En seguida se acostó bruscamente en un rincón de la berlina, atacada de un gran impulso de risa.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Suzie! ¡Suzie!

—¿Qué te pasa?

—Un hombre con una bandera colocada en la mano... ¡Me ha visto! ¡Me ha oído! ¡y ha puesto una cara tan asustada!

—¡Eres tan loca!

—Sí, es verdad, he hecho mal en chillar por la portezuela... pero estoy tan contenta en pensar que vamos á vivir solas las dos como muchachos.

—¡Solas! ¡Solas! No tanto como eso. Tenemos, para principiár, dos personas á comer con nosotras esta tarde.

—¡Ay! ¡verdad es!... pero estas personas, no me importa nada verlas... Sí, estaré muy contenta de volver á ver al cura, y sobre todo al oficial...

—¡Cómo! ¿sobre todo?

—Ciertamente que sí... porque era tan conmovedor lo que el notario de Souvigny nos contó, cuando él era pequeñito, tan bueno tan bueno, que tengo esta noche que buscar una ocasión de de-